

Educación, cultura política y democracia en México

Education, political culture and democracy in Mexico

Norma Luz Lojero Valencia.

Docente en Centro Universitario Valle de Anáhuac.

Recibido: Febrero 2019

Aceptado: Abril 2019



Resumen

En el presente trabajo se pretende mostrar cómo se ha desarrollado la identidad política desde la transición política en México. Se considera que fue la estructura político-electoral la que sostuvo el movimiento obradorista desde 2006. Este tipo de identidad expresa un bajo nivel de cultura política y soportó electoralmente los dos intentos previos del presidente Andrés Manuel López Obrador (AMLO), que fueron fundamentales para su triunfo en 2018; y cuenta con rasgos específicos como el nivel educativo. En general, se pretende mostrar la influencia que tiene el sistema educativo en la formación de la cultura política democrática e identificar cómo se manifiesta en la participación política electoral.

Palabras clave: Democracia, educación, procesos electorales, cultura política, participación electoral.

Abstract

In the present work it is tried to show how the political identity has developed since the political transition in Mexico. It is considered that it was the political-electoral structure that supported the obradorista movement since 2006. This type of identity expresses a low level of political culture and electorally supported the two previous attempts by President Andrés Manuel López Obrador (AMLO), which were fundamental for his triumph in 2018; and it has specific features such as educational level. In general, the aim is to show the influence that the educational system has on the formation of democratic political culture and to identify how it manifests itself in electoral political participation.

Keywords: Democracy, Education, Electoral processes, political culture, political participation.

Introducción

La relación entre la educación y los gobiernos democráticos gira en torno a la democracia, al establecer la hipótesis de que a mayor nivel educativo, mayor democracia y participación social y política. En la presente investigación se comparan los últimos tres procesos electorales para identificar la relación entre el nivel educativo y la forma en que decide votar la población mexicana.



Para ello se distinguen las posturas teóricas que relacionan la educación y la cultura política, al resaltar la importancia de la primera para el desarrollo de la cultura democrática, y la vinculación entre los modelos educativos y las identidades políticas en las elecciones; también se evidencia el vínculo del nivel educativo en los tres últimos procesos electorales con la votación hacia la izquierda institucional, lo que permitió sostener una base electoral en tres ocasiones.

Cultura y educación

El concepto cultura se identifica como el conjunto de elementos materiales e inmateriales del hombre; por el otro, es un atributo de algunos elegidos. Para aclarar el concepto se revisarán varias posturas.

Este concepto tiene una historia remota, identificada desde el siglo XVI como una actividad intelectual (Salazar, 1991, p.12). Posteriormente, se vinculó con el nivel de conocimientos de alguien que vive en la sociedad, de la que es producto y en la que sus interacciones son necesarias.

Los antropólogos definen el concepto cultura como “un conjunto de artefactos (cultura material) y símbolos (no material) que utiliza el hombre para satisfacer sus necesidades (primarias y secundarias)” (Salazar, 1991, p.12). De esta forma, la cultura es entendida como un elemento universal que toda sociedad tiene y en la que se basa; es aprendida, no es instintiva o innata, se compone de hábitos, de tendencias adquiridas por la experiencia y donde la educación juega un papel primordial, pues sólo el hombre puede transmitir hábitos a través del lenguaje (técnicas, conocimientos y disciplina).

La cultura para la visión evolucionista la entiende como la expresión de los conocimientos de la alta sociedad en el mundo civilizado, la cual parte de la Grecia antigua y se separa de una concepción natural basada en la racionalidad. Trata de valorar una sociedad según su cultura (bárbaro frente a civilizado), con una cierta discriminación europea respecto a los otros. Esto ha ayudado a la legitimación de actos discriminatorios con teorías científicas que en lugar de ayudar a la mejora de la sociedad han impuesto una sola visión del mundo.

Por otra parte, la postura relativista identifica la cultura como un conjunto de símbolos y herramientas materiales e inmateriales que se expresan en la comunidad, ya que en toda sociedad se practican costumbres y formas de vida diferentes. De esta forma, la cultura no es algo general, pretende nulificar las visiones de unilateralidad donde lo racional es lo civilizado y lo no racional es la barbarie.

Así, la cultura se vincula con la educación, el conocimiento y el aprendizaje social, en donde el hombre en grupo trasmite generacionalmente valores, usos comunicativos del lenguaje y su sistema lógico. Es así, que las principales instituciones sociales como la familia, la educación, la religión y los medios masivos de comunicación son importantes para la transmisión del conocimiento social. Esto es el reflejo de la imposición de la forma de pensar del grupo gobernante, su visión del mundo, y el empleo del sistema educativo para transmitir valores.

La imposición simbólica hacia la sociedad provoca que la transmisión cultural y la formación del imaginario social de los individuos se homogenice (Marcusse, 1987), lo que provoca que la indagación y la búsqueda de alternativas imaginativas que impliquen la reflexión más profunda del entorno, no se



desarrollen. Por tanto, se forman individuos como objetos donde lo importante no es la persona sino lo que produce (eficiencia), si conviene o no (utilitarismo), quien no se preocupa más que de sí mismo y su vida.

Los largos procesos de cambio cultural, siguiendo a Braudel (1968), traen consigo una transformación de valores, los cambios de la conducta habitual hacia nuevas costumbres y provocan la reflexión de la sociedad. Para que una innovación sea un elemento cultural debe aceptarse y avalarse socialmente, para ello se prueba, si es provechosa perdura o desaparece. Entonces, “la cultura es la gradual acumulación de experiencias y de conocimientos, si crea un conjunto de signos y de símbolos comprensibles a las futuras generaciones” (Salazar, 1991, p.15).

Se puede observar, entonces, que el cambio cultural que se desarrolla desde la concepción de la realidad que se percibe en un contexto determinado provoca un cambio de actitud respecto a las costumbres dominantes y tratan de transformarlas por las nuevas.

De esta forma surgen las nuevas formas culturales que transforman el imaginario social y manifiestan una lógica distinta de pensar, como en la transición del Medioevo a la modernidad, el primero concibiendo el mundo teocéntricamente y la segunda dejando fuera esta visión y su estándar de comportamiento. Este cambio cultural impulsó un cambio en la lógica del pensamiento, del teocentrismo al racionalismo donde el individuo es su propio forjador de vida.

Este profundo cambio de los últimos 300 años ha implicado una concepción de la realidad diferente, del pasado hacia el futuro, mediante la evaluación racional donde la certeza sobresalga y la incertidumbre sea eliminada por la planeación racional. En general, aunque las posturas ideológicas son un factor importante para identificar la cultura y su clasificación social, ésta no puede ser aislada o simplificada, al estudiar una se puede entender la dinámica social y su posible futuro.

En este sentido, las primeras discusiones durante la Ilustración ven la educación como un derecho humano, ya que la modernidad sólo se entiende cuando el conocimiento es para todos (Kant), se vincula al ilustrado con el conocimiento.

De este modo, con la llegada de los Estados modernos, la educación fue adquiriendo un doble papel: como un referente para generar cohesión nacional y control social contra los ciudadanos, por lo cual los grupos de poder la emplean para consolidarse; por el otro lado se ubica como la generadora de roles y estatus al centrarse en la productividad y la eficacia, estas emergen de las propuestas utilitaristas y economicistas donde se asocia conocimiento con instrucción, los cuales generalmente son clasificados como parte de un aprendizaje práctico.

Una tercera propuesta es la de John Dewey (1916), quien contempla la educación como fundamental para generar valores institucionales entre los niños, dotarlos de conocimiento de sus derechos y obligaciones, y generarles un enraizamiento a valores necesarios para una vida pacífica y organizada. De ahí que señale: “que la educación es una modalidad de acción política en la medida en que obliga a la reflexión y valoración de dimensiones sociales, políticas, económicas, culturales y morales de la sociedad” (Dewey, 1916, p.2).



En general, se pretende mostrar la forma como las tres perspectivas contemplan el papel fundamental de la educación, para posteriormente mostrar cómo ésta ha contribuido al desarrollo de la democratización mexicana. De esta manera, se presentan la relación entre el nivel educativo y la elección presidencial en México, con lo cual se pretende identificar si se cumple el principio de: entre mayor nivel de escolaridad mejor la toma de decisiones electorales.

Desarrollo

Identidad y cultura política

La identidad política consta de un conjunto de rasgos o sentidos de pertenencia resultado de procesos históricos de formación y donde la educación es primordial. Es decir, son configuraciones subjetivas de la persona respecto de sus semejantes.

Estos procesos de aprendizaje que suceden en la educación y que forman parte de la socialización, donde el individuo se va construyendo, parten de la asimilación de una situación de dominación, con el individuo limitado generacionalmente y que es base fundamental para la conformación de la institución familiar, encargada de fomentar las primeras diferencias que percibe el hombre.

Por tanto, para la construcción de las identidades es necesario desarrollar aprendizajes que al estar interiorizados se practican cotidianamente e identifican al individuo como una persona con nombre y apellido que lo identifican social y políticamente del resto.

Por otro lado, la identidad es “lo que hace que yo sea yo, y no otro” (Maalouf, 1999, p.11); se establece mediante la diferenciación, la asimilación de códigos y símbolos estructurados convencionalmente. Para ilustrar lo anterior es necesario señalar que la formación de la identidad es una derivación de contextos estructurales en los que el individuo en formación necesariamente tiene que aprender y asimilar cómo funcionan las estructuras de sentido, para que una vez perteneciente a un determinado grupo, logre sentirlo como propio; formándose con esto una construcción subjetiva en la que el individuo se identifica con una comunidad, con un sentimiento convencional de pertenencia a un territorio y a un conjunto de normas, lo que se denomina como una nación.

Así se construye una identidad política, lo que se abordará posteriormente, por ahora es pertinente señalar que el estudio de las identidades debe centrarse en exponer cómo se diferencia un sujeto de otro. Así, “la identidad no es otra cosa que la manera en que un determinado individuo adquiere una fisonomía particular a través de su identificación con otro u otros sujetos” (Gutiérrez, 1993, p.15). Por ello se habla de identidades en las que el sujeto aprende a concebir su entorno a partir de la diferenciación cualitativa de sus componentes.

Asimismo, la diferenciación del objeto de conocimiento es determinante para la construcción del imaginario individual que se refleja en el otro y se construye un modelo subjetivo que denota las características primordiales de su ser.



Es en este proceso psicológico de asimilación del yo que el individuo se adapta al mundo social, a su lugar en la sociedad donde debe adecuar su conducta respecto de la norma, que también le facilite la acción con un objetivo compensatorio.

Con base en lo anterior resulta útil indicar que la formación de las ideologías ocurre a partir de la modernidad (dado el rompimiento teocéntrico del mundo), con un primer elemento, el mito, el cual “no es exactamente una creencia y todavía menos un acto de fe, antes bien una experiencia cotidiana, lo imaginario vívido, el modo de relación de los hombres consigo mismos, el mundo y el prójimo” (Ansart, 1983, p.18). Es decir, el imaginario social conformado por el mito ocurre cuando a una situación vivida por la persona se le asignan propiedades sobrenaturales, lo que construye una realidad abstracta para la comunidad que se transmite culturalmente de generación en generación.

En la formación del mito y de las sociedades míticas la uniformidad del mundo es determinante para comprender la realidad, pues los individuos se sienten representados, orientan así sus valores y conservan sus tradiciones míticas; además centralizan su conocimiento derivado de estas creencias.

La hegemonía del conocimiento y la dominación impuesta por quien dirige la comunidad es evidente en el discurso legitimador del mito, en la religión y en la ideología.

Es así que la religión, al proponerse “dar la explicación última del orden del mundo, rendir cuenta de la existencia social y de sus razones de ser” (Ansart, 1983, p.24), da muestra de que la construcción del imaginario social, movido por esta interpretación, se sustenta en una visión determinista del mundo donde el cuestionamiento es sancionado; se relaciona con el mito pero se diferencia en que su construcción lógica está mejor fundamentada y más elaborada, y se mueve a través de interpretaciones teológicas.

En este último sentido, es útil señalar que la formación del imaginario social emanado de las premisas religiosas se sustenta en un discurso de las altas jerarquías, bajo un orden teológico con la promesa de una vida eterna, como fuente de legitimidad hasta que un nuevo discurso convenza a la sociedad y dé paso a una nueva concepción de la realidad.

Con el paso de la interpretación religiosa de la realidad a una laica, todo es construido por el hombre y no por un dios; se transita a una conformación del imaginario social de interpretaciones diversas, promoviéndose la heterogeneidad.

A esta construcción lógica sustentada en estructuras artificiales se le denomina ideología política, la cual “se propone señalar a grandes rasgos el sentido verdadero de los actos colectivos, trazar el modelo de la sociedad legítima y de su organización, indicar simultáneamente a los detentadores legítimos de la autoridad, los fines que la comunidad debe[n] proponerse y los medios para alcanzarlos” (Ansart, 1983, p.28).

La ideología política no sólo proporciona los valores sociales y políticos de la sociedad, también manifiesta una forma de comportamiento de libertad y garantías con estrategias para emancipar, de ahí su función de dominación política y social.



En las sociedades modernas las ideologías políticas son una característica, pues fue mediante sus planteamientos liberadores e igualitaristas que se creó el estado de derecho, el cual prevalece y garantiza la igualdad de los hombres y el voto (en las sociedades democráticas).

En general, la formación de ideologías políticas da al hombre la idea de que puede promover cambios si logra la unión de la población, donde el papel del discurso es significativo y de suma importancia para esa labor. Se ha demostrado a lo largo de la historia que la ideología que esté más cerca de lo concreto será la triunfadora en el juego político moderno y su mejor explicación se da en el discurso.

Las identidades políticas derivadas de la estructura cultural, mediante un proceso socializador, propician valores y establecen la relación entre pensamiento y realidad en la que el individuo capta el sentido de su vida y le asigna un lugar político en la sociedad. Asimismo, es conveniente señalar que “las identidades políticas se van articulando a través de una cotidianidad que transcurre en esferas disímolas en las que tiene lugar el entrecruzamiento de normas, actitudes, creencias y expectativas del más diverso tipo” (Gutiérrez, 1993, p.34); estas percepciones subjetivas de los individuos los motivan a actuar.

Cuando surge la modernidad y con ello la demanda de libertad e igualdad entre los hombres, la idea de ciudadano adquiere forma e importancia ya que brinda una identidad política garante de derechos y obligaciones iguales para todos en una comunidad política, lo que con el tiempo ha ido consolidando valores de participación que entre mayor tiempo tenga su instauración en un país, más posibilitan el respeto y la civildad ciudadanos, donde la participación política se garantice y con ello se establezca una confianza en el aparato político gobernante y en los mecanismos de su elección.

Es en este grado de ciudadanización que se puede resaltar el estudio de la cultura política, siendo el que proporciona elementos de análisis para la comprensión de los sujetos en torno al sistema de reglas que regulan el juego político de la sociedad; esto es, “cuando hablamos de la cultura política de una sociedad nos referimos a cómo se ha interiorizado el sistema político a través de conocimientos cognoscitivos, de sentimientos y evaluaciones para su población” (Gutiérrez, 1993, p.19).

Es así que si entendemos que la función principal de los estudios de la cultura política se centran principalmente en la configuración subjetiva de valores socialmente adquiridos que le conceden una percepción del sistema político, y que entre más aceptación de éste, mayor nivel de cultura política y de participación ciudadana se equilibra la sociedad.

Mediante la elección racional de los representantes, por el nivel de conocimientos acerca de ellos y sus propuestas, se propicia una mejor elección, pasando de un aspecto emotivo a la elección movida por lo cognitivo. Así, se puede decir que el estudio de las identidades políticas se analiza subjetivamente a partir de disciplinas como la antropología, la lingüística, el psicoanálisis, etc., las cuales proveen los elementos analíticos para su tratamiento.

Por tanto, la conformación de la cultura política resulta ambigua, pues estudiar los valores internos es complejo por la imprevisibilidad, sin embargo es importante su estudio respecto del estudio de las democracias y su consolidación. Por último, es conveniente señalar que las identidades políticas se



vinculan con la dominación dentro de un territorio o Estado, estableciendo patrones generalizados que se interiorizarán como rasgos de los valores políticos de los ciudadanos.

Cultura política y educación en México

Los estudios sobre la cultura política han establecido la necesidad de entender los comportamientos políticos, donde la cultura juega un papel primordial al establecerse ideologías que se sitúan en diversas perspectivas sociales. Para esto se parte del entendido establecido por Braudel (1968) respecto a que los cambios culturales son de larga duración porque son procesos de construcción en los que la educación ha sido un instrumento clásico utilizado por los dirigentes de las naciones para el reacomodo de los valores que van moldeando y constituyendo de forma creativa en los procesos sociales.

De este modo, un primer aspecto por destacar es cómo los estudios de la cultura política identifican dos aspectos fundamentales para contemplar el grado prevaleciente en una sociedad: en primer lugar, el nivel del compromiso social de los individuos hacia el proyecto político institucional, donde la socialización de los individuos bajo ciertos valores democráticos requiere la participación electoral como el principal referente de análisis. Para este aspecto es fundamental la formación del carácter social al tomar en cuenta su función de “moldear las energías de los miembros de la sociedad en forma tal que su conducta no implique una decisión consciente en cuanto a observar o no las pautas sociales, sino el deseo de actuar como tienen que hacerlo y al mismo tiempo que se obtiene satisfacción del hecho de actuar de acuerdo con los intereses y necesidades de la cultura” (Sánchez, 1983, p.37).

El segundo referente básico, que se utiliza para identificar el grado de cultura política en los estados democráticos, son las desafecciones políticas entendidas como el “sentimiento subjetivo de impotencia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, los políticos y las instituciones democráticas que genera un distanciamiento y alienación respecto a éstos, y una falta de interés en la política y los asuntos públicos, pero sin cuestionar el régimen democrático” (García, 2018, p.4). Este referente es fundamental en los estudios de la cultura política, se centra en identificar que las prácticas institucionales sean adecuadas a las necesidades sociales. En este sentido, es menester la consolidación de la cultura cívica, mediante la participación política electoral, en la que se identifica de qué manera ocurre la desafección política como un aspecto central.

Así, en el caso de México, para dilucidar estos dos aspectos se identificará la manera en que se presenta la participación política de una sociedad, al ser una de las principales referencias del nivel de apatía que los ciudadanos muestran sobre los asuntos de relevancia pública y donde el conocimiento y el nivel educativo son necesarios para contemplar tal apatía. Por tal motivo, en segundo lugar, se contemplan aspectos para identificar la relación entre la educación y la cultura política en México, como la forma en que la población manifiesta un alto grado de desafección política con su rechazo a las prácticas políticas institucionales, que se evidencia en la falta de compromiso social.

De este modo, siguiendo a Almond y Verba (1963), la desconfianza a los aparatos gubernamentales, sus instituciones y sus representantes en los últimos veinte años ha crecido, muestra de ello es el predominio de prácticas no institucionales o de rechazo contra la autoridad en la realidad mexicana. De tal manera, la falta de apoyo y la actitud de rechazo dan muestra de componentes cognitivos, evaluativos y afectivos



(Almond y Verba, 1963), que en el caso de México se puede identificar en la proclividad de los grupos e individuos hacia el rechazo de la política institucional, viéndola con recelo y desconfianza (García, 2018).

Por tal motivo, una referencia básica que se debe contemplar en la importancia de la educación en la conformación de la cultura política, se identifica en la construcción de la sociabilidad ciudadana, y que en el caso de México tiene ciertos rasgos necesarios de discutir. Por una parte, se puede partir del planteamiento de Dewey (1916) en el sentido de que la formación de una cultura política requiere de una educación donde se fomenten no sólo los valores de respeto y consolidación del funcionamiento de las instituciones estatales sino también como elemento básico de conformación de una intersubjetividad compartida donde las instituciones políticas sean reconocidas y respetadas por los ciudadanos.

Esto se identifica en los trabajos estadísticos establecidos por el corporativo Latinobarómetro (2018), con cuyos datos se infiere que en México hay un bajo nivel de credibilidad política y de los representantes políticos. Por ejemplo, al preguntársele a la gente si considera que la pérdida de credibilidad en la política y los políticos ha disminuido, los datos obtenidos en 2016 son de 57.9% de los encuestados, quienes indican que no.

Lo anterior es importante si lo comparamos con los resultados obtenidos en 2018, cuando los encuestados manifestaron una disminución de apoyo comparado con años anteriores, especialmente de 2016 a 2018. Esto es interesante por la tendencia hacia la baja en el apoyo de los jóvenes (entre 18 y 24 años) con 52% en 1997, momento del inicio de la denominada transición política en México, a 38% en 2018 (Latinobarometro, 2018). Esto evidencia el deterioro de la percepción política de los ciudadanos jóvenes, su desafección política que indica el deterioro de la percepción social y juvenil hacia las instituciones políticas democráticas y las autoridades estatales.

Algo útil para explicar esta tendencia es el rechazo a las políticas de libre mercado que dominaron la vida económica y social en el país, lo que facilitó la llegada de AMLO durante el proceso electoral de 2018. Lo anterior indica que la relación entre las instituciones educativas y los sistemas escolares no han podido fomentar una conciencia ciudadana en la que los jóvenes ubiquen en las instituciones políticas y los actores políticos un referente de confianza que les posibilite mejorar su situación vital; estableciendo las fallas de un sistema educativo al desatender la formación de valores cívicos y políticos que han permitido el fortalecimiento de una percepción negativa de las instancias de regulación del poder.

Además, si a lo anterior le agregamos que la pérdida de confianza en las instituciones y los actores representativos ha sido fortalecida por los medios de comunicación, los cuales son un agente de socialización preponderante que eclipsan a la familia (Savater, 1997) y nos muestra su debilitamiento como institución y junto con la escuela son un componente conformador de los valores políticos y democráticos.

Finalmente, otro elemento por identificar y donde se muestra el grado de desafección política de los miembros de la sociedad mexicana es la participación electoral, en México, especialmente después del proceso de 2006, manifestado con una tendencia de mayor participación en las elecciones federales que en las intermedias.



Así, la participación en las elecciones en el año 2000 fue de 64% (INE, 2019, p.13), en 2018 fue de 63.42% (INE, 2019, p.13) lo que evidencia la no consolidación de los valores cívicos para consolidar la democracia plenamente. Prueba de este hartazgo ante la incapacidad de los actores gubernamentales para garantizar plenamente la conformación de una democracia se muestra en el rechazo a las autoridades y la desconfianza en las instituciones políticas y sociales, aunado a las desigualdades que hay en el país.

Por otra parte, en cuanto a la relación entre la educación y la participación electoral, como señala el INE (2019), en el 2010, en México había “40% de la población económicamente activa con al menos estudios de bachillerato, además de mostrar un 12.90% de deserción escolar” (INE, 2019, p.211). Aquí también hay desigualdad entre el centro del país y el resto (o el sur y norte); en la capital más población cuenta con estudios de nivel medio superior frente a Chiapas con sólo 26%. Por otra parte, la deserción escolar a nivel bachillerato en 2013 era mayor en estados como Baja California Norte con 19.30%, seguida de Sonora y Morelos con 19.10% y Durango con 18.10% (INE, 2019).

Acerca del nivel del compromiso cívico, los datos aportados por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) en 2014 (INE, 2019) evidenciaron la percepción de corrupción en el sistema judicial nacional con 70.20% frente a quienes no lo veían así con 29.80% (INE, 2019). Esto muestra que la percepción generalizada de la población del país considera que en el sistema judicial hay prácticas de corrupción. También se puede identificar que mientras en Ciudad de México se percibe esta corrupción en el sistema judicial con 18%, en Zacatecas es de 47% (INE, 2019).

Por otra parte, en cuanto a la confianza en la aplicación de la ley, los datos aportados por la OCDE en 2014 (INE, 2019) muestran al Estado de México con la peor percepción de la sociedad sobre si los delincuentes son verdaderamente castigados por las instancia encargadas de impartición de justicia, es la entidad federativa donde se identifica la menor confianza en la impartición de justicia con sólo 1.90%, seguida de Morelos con 3%, frente a Chiapas con 14% (INE, 2019). Estos bajos porcentajes indican el bajo nivel de confianza nacional que, los ciudadanos en México, perciben respecto a la impartición de justicia. Esto indica una grave fractura entre los impartidores de justicia y la aceptación social, elemento fundamental que no se cumple para llegar a ser una cultura política consolidada.

Conclusiones

Se puede concluir que, en México, la falta de afección política y de compromiso cívico ciudadano con las instituciones se manifiesta en una participación electoral baja, aunque es mayor en las elecciones federales desde 2006 o en 2018, no rebasa 63%, y en las elecciones intermedias oscila entre 44% (2009) y 47% (2015). De este modo se distinguen tres aspectos que nos permiten establecer un diagnóstico general sobre el papel de la educación en la conformación de la cultura política.

En primer lugar, se muestra como la inclinación por la educación bancaria que se ha establecido en México, al centrarse en los aspectos de productividad, ha dejado de lado aspectos básicos para la conformación de una cultura cívica que permita una mejor conexión entre los ciudadanos y las instituciones, tanto políticas como sociales. De este modo, se considera que la formación de una educación que no sólo se centre en lo formal es fundamental para crear valores ciudadanos que se manifiesten en la vida cotidiana, lo cual permite una mayor eficacia social tanto de las normas como de las obligaciones ciudadanas.



En segundo lugar, la relación estrecha entre la formación de identidades políticas y la cultura política, en México, ha pasado por un proceso de identidades definidas por relaciones corporativas y clientelares, lo cual ha restringido la posibilidad de crear unas bien definidas, las cuales, por la falta de conciencia política ciudadana, dan como resultados un tipo de cultura política precaria con escasa participación electoral y en las organizaciones.

En tercer lugar, en México, incluso con la llegada de la transición política se originó cierto rechazo contra el Partido Revolucionario Institucional. Como lo observamos, no tuvo la continuidad de la formación de una cultura política ciudadana a favor de la participación política, al contrario, se fortaleció el sentimiento de rechazo a las instituciones sociales, las políticas y las judiciales, lo cual se expresó en 2018 con el rechazo electoral a la política dominante de los últimos años, lo que permitió el éxito de la propuesta política de AMLO.

En suma, debido a los magros resultados de las políticas establecidas por los gobiernos postransición política más la falta de un sistema educativo que fortaleciera los lazos de cohesión entre la ciudadanía y las instituciones sociales y políticas, en México se ha presentado en los últimos años mucha desafección política y bajo compromiso social de los ciudadanos.



Bibliografía y referencias

- Almond, G. y Verba, S. (1963). *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in five Nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Ansart, P. (1983). *Ideología, conflictos y poder*. México: Premia Editora.
- Bell, D. (1982). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- Beneviste, E. (1982). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: CA-Grijalbo.
- Braudel, F. (1968). *Aportación de la historia de las civilizaciones. La Historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Córdova, L., Flores, J. I., Alejandre, O. y Vázquez del Mercado, S. (2016). *El déficit de la democracia en México*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Dewey, J. (1916). *Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación*. Madrid: Morata.
- Downs, A. (1957). *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper and Row.
- Durand, V. (2004). *Ciudadanía y cultura política. México 1993-2001*. México: Siglo XXI.
- García, C. (2018). La desafección política en México: ¿es factible incrementar el interés de los mexicanos en la política? *Visor ciudadano*, (62):3-17.
- García, C. y Palazuelos, I. (2018). Los mexicanos y la política: interés, nivel de conocimiento y medios para informarse. *Visor Ciudadano*, (58):3-17.
- González Casanova, P. (2004). *La democracia en México*. México: Era.
- González Casanova, P. (2002). *El Estado y los partidos políticos en México*. México: Era.
- Gutiérrez, R. (1993). *Identidades políticas y democracia*. México: Instituto Federal Electoral.
- Instituto Nacional Electoral [INE]. (2018). *Numeralia. Proceso Electoral 2017-2018*. México: Instituto Nacional Electoral.



- Instituto Nacional Electoral [INE]. (2019). *Estudio muestral sobre la participación ciudadana en las elecciones federales de 2018*. México: INE.
- Latinobarometro. (2018). *Informe 2018*. Santiago de Chile: Latinobarometro.
- Maalouf, A. (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- Marcuse, H. (1987). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel.
- Marcuse, H. y Massot, P. (1992). *El pensamiento de Marcuse*. Buenos Aires.
- Marx, K. y Engles, F. (1976). El papel del trabajo en la transformación de mono en hombre. En *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Moreno, A. (2010). *La confianza en las instituciones*. México: CESOP-Cámara de Diputados.
- Ornelas, C. (1993). *El sistema educativo mexicano. La transición de fin de siglo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salazar, F. (1991). El concepto de cultura y los cambios culturales. *Sociológica*, 6(17):1-12.
- Sánchez, J. (1983). *Normatividad social: ensayo de sociología jurídica*. México: UNAM.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Barcelona: Ariel.
- Torcal, M. y Montero, J. R. (2006). *Political Disaffection in Contemporary Democracies. Social Capital, Institutions, and Politics*. Londres: Routledge.
- Wittgenstein, L. (1976). *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid: Tecnos.

